

La Historia universal en 100 preguntas

Luis E. Íñigo Fernández



Colección: 100 preguntas esenciales

www.100Preguntas.com

www.nowtilus.com

Título: La Historia universal en 100 preguntas

Autor: © Luis E. Íñigo Fernández

Director de la colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2016 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-9967-796-5

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-797-2

ISBN Digital: 978-84-9967-798-9

Fecha de publicación: Octubre 2016

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-31293-2016

*A quienes buscan en el remoto pasado la luz
que ilumine las espesas tinieblas del futuro.*

Índice

¿Por qué un libro como este?	15
------------------------------------	----

I. El alba de la civilización

1. ¿Por qué no somos neandertales?	19
2. ¿Por qué el ser humano se hizo agricultor?	23
3. ¿Cómo surgieron los primeros jefes?	28
4. ¿Por qué los jefes se convirtieron en reyes?	31
5. ¿Y qué le pasó a la igualdad?	35
6. ¿Cómo nació la religión?	39
7. ¿Cómo surgió la escritura?	43
8. ¿Cuál fue el origen de los imperios?	46
9. ¿Por qué cayeron los imperios?	51
10. ¿Por qué los griegos, siendo tan avanzados, no tuvieron su propio imperio?	54
11. ¿Por qué los persas odiaban tanto a los griegos?	56
12. ¿Por qué ganaron los griegos las Guerras Médicas?	59

II. La época clásica

13.	¿Cómo surgió la democracia?	63
14.	Pero ¿era de verdad democracia?	66
15.	¿A qué se debió la enemistad entre Atenas y Esparta?	69
16.	Y, entonces, ¿por qué no ganaron los atenienses la guerra del Peloponeso?	72
17.	¿Por qué el arte griego era tan diferente?	74
18.	¿Y por qué se inventó la filosofía?	77
19.	¿Cómo se explican las extraordinarias victorias de Alejandro Magno?	79
20.	¿Por qué los chinos edificaron la Gran Muralla?	82
21.	¿Por qué los romanos expulsaron a sus reyes?	85
22.	¿Por qué el pueblo romano terminó teniendo emperadores?	88
23.	¿Por qué se enfrentaron los cartagineses y los romanos?	92
24.	¿Qué hizo tan poderosas a las legiones de Roma? ...	96

III. La antigüedad tardía

25.	Y entonces, ¿por qué cayó el Imperio romano de Occidente?	101
26.	¿Eran los «bárbaros» tan bárbaros?	105
27.	¿Por qué triunfó el cristianismo?	108
28.	¿Deberíamos decir que el cristianismo murió de éxito?	110
29.	¿Existió el rey Arturo?.....	113
30.	¿Por qué fracasó Justiniano en su empeño de restaurar el Imperio romano?	117
31.	¿Lo consiguió Carlomagno?	120
32.	¿Fueron acaso los musulmanes los auténticos herederos de Roma?	123

33.	¿Por qué los califas se mostraron incapaces de mantener unido su Imperio?	125
34.	¿Fue entonces la Iglesia la heredera de Roma?	127
35.	¿Por qué había monasterios en la Europa medieval?	131
36.	¿Es lo mismo feudalismo que régimen señorial?	133
37.	¿Cuál fue el origen de los siervos medievales?	137

IV. La Edad de las Tinieblas

38.	¿Fue el Medioevo en realidad la Edad de las Tinieblas?	141
39.	¿Por qué peregrinaban los europeos?	144
40.	¿Por qué resurgieron las ciudades en la Edad Media? ...	147
41.	¿Cómo era la vida del pueblo llano en la Edad Media?	150
42.	¿Cuáles fueron las causas de las cruzadas?	152
43.	¿Por qué se enfrentaron el emperador y el papa?	155
44.	¿Por qué la batalla por el poder en la Europa medieval la ganaron los reyes?	158
45.	¿Por qué la peste negra mató a uno de cada tres habitantes de Europa en el siglo xiv?	160
46.	¿Por qué triunfó el arte gótico?	164
47.	¿Por qué proliferaron las herejías en el otoño del Medioevo?	166
48.	¿Por qué duró más de cien años la guerra de los Cien Años?	169
49.	¿Por qué los aztecas practicaban el canibalismo?	173

V. Descubrimientos y reformas

50.	¿Por qué se «descubrió de nuevo» América en el siglo xv?	177
51.	¿Y por qué la descubrieron los españoles?	180

52.	¿Qué fue la revolución de los precios?	184
53.	¿Qué era la alquimia?	186
54.	¿Cuál era la mentalidad de los hombres y las mujeres del Renacimiento?	190
55.	¿Por qué se enfrentó Lutero al papa de Roma?	192
56.	¿Qué provocó las guerras de religión?	195
57.	¿A qué debió España su hegemonía en Europa? ...	197
58.	¿Y por qué fue tan intensa la decadencia de España?	200
59.	¿Fue en realidad el siglo XVII un período de crisis en Europa?	204
60.	¿Qué provocó la guerra de los Treinta Años?	207
61.	¿Por qué fracasó en Inglaterra la monarquía absoluta?	211
62.	¿Y por qué triunfó el absolutismo en el resto de Europa?	214
63.	¿Por qué el arte barroco es tan recargado?	217

VI. La era del liberalismo

64.	¿Por qué decimos que el XVIII fue el Siglo de las Luces?	221
65.	¿Qué fue el despotismo ilustrado?	224
66.	¿Por qué cambió la actitud de la burguesía en las postrimerías de la Edad Moderna?	226
67.	¿Por qué se alcanzó el equilibrio entre las grandes potencias en el siglo XVIII?	230
68.	¿Por qué la Revolución Industrial empezó en Inglaterra?	233
69.	¿Por qué una vez que comenzó, ya nadie pudo parar la Revolución Industrial inglesa?	237
70.	¿Por qué se rebelaron contra Inglaterra los colonos norteamericanos?	240

71.	¿Por qué los colonos españoles imitaron a los norteamericanos?	243
72.	¿Por qué estalló la revolución en Francia?	247
73.	¿Por qué la revolución estalló tan tarde en Rusia?	250

VII. La Primavera de los Pueblos

74.	¿Por qué Napoleón humilló a toda Europa?	255
75.	¿Por qué Napoleón fue vencido por los españoles?	258
76.	¿Qué pretendió hacer el Congreso de Viena?	261
77.	¿Eran iguales todos los nacionalistas?	265
78.	¿Por qué creció tanto la población en el siglo XIX?	269
79.	¿Cuál fue el origen del movimiento obrero?	271
80.	¿Quiénes fueron los socialistas utópicos?	275
81.	¿Por qué los anarquistas y los marxistas se odiaban tanto?	278
82.	¿Y qué opinaba la Iglesia católica de la cuestión social?	282

VIII. El fin del antiguo orden

83.	¿Por qué los europeos se convirtieron en dueños del mundo?	285
84.	¿Cuáles fueron las causas de la Primera Guerra Mundial?	289
85.	¿Y por qué perdió Alemania la Gran Guerra?	293
86.	¿Por qué hubo por fin una revolución en Rusia? ...	296
87.	¿Por qué fueron tan felices los años veinte?	300
88.	¿Qué provocó la Gran Depresión?	303
89.	¿Por qué un maestro de escuela	

	se convirtió en el amo de Italia?	306
90.	¿Por qué un simple cabo se convirtió en dictador de Alemania?	310
91.	¿Por qué Gran Bretaña y Francia no detuvieron a Hitler?	314
92.	¿Por qué fue tan distinta la Segunda Guerra Mundial?	317

IX. *Quo vadis, humanitas?*

93.	¿Por qué se produjo la descolonización?	321
94.	¿Por qué cuando acabó la colonización dio comienzo el neocolonialismo?	324
95.	¿Cuál fue el origen del feminismo?	326
96.	¿Qué fue la Guerra Fría?	330
97.	¿Y quién la ganó?	333
98.	¿Por qué quieren unirse los europeos?	336
99.	¿De verdad ha llegado el fin de la historia?	339
100.	¿Se aproxima el fin de la humanidad?	343

Bibliografía	347
--------------------	-----

¿POR QUÉ UN LIBRO COMO ESTE?

Parece una pregunta obligada. En un mercado editorial tan saturado como el español actual, con más de setenta mil nuevos títulos cada año, muchos de ellos dedicados a la historia, es necesario justificar la necesidad de uno más. Y estoy convencido, querido lector o lectora, de que este que ahora sostiene en sus manos o ha llamado su atención desde las estanterías virtuales de internet, quizá dudando si adquirirlo o no, es necesario, interesante, entretenido y útil. O al menos esa fue mi meta cuando lo escribí.

Las tres últimas virtudes serán quienes lean este breve libro los que han de juzgar si las posee o no; respecto a la primera, creo que les debo una explicación. ¿Por qué considero necesaria una obra como esta? Sencillamente, porque no existe ninguna similar en el terreno de la historia.

La hay, dese luego, y magnífica, en el de las ciencias naturales. Isaac Asimov, gran divulgador científico, amén de maestro consumado de la ciencia ficción, publicó ya hace más de cuatro décadas sus *Cien preguntas básicas sobre la ciencia*, una obra muy breve, de poco más de trescientas páginas, que ha ayudado en buena medida a incrementar la cultura científica de los profanos del mundo entero.

En el terreno de la historia existen, por supuesto, buenas obras de síntesis. Se trata, casi siempre, de crónicas de la humanidad en un solo volumen que, con ambiciosas o humildes pretensiones literarias, pueden servir de manera excelente como introducción al conocimiento del pasado, o como mero divertimento erudito, pero sin duda han venido a mejorar también el saber histórico de muchos lectores, aficionados o no a la disciplina. Pero su formato es el de una narración continua; si se responden preguntas que pueden surgir en la mente de quien a ellas se acerca, no es de modo sistemático y explícito. Y esto supone un problema: a veces el lector no se hace las preguntas adecuadas y a veces se las hace, pero quedan sin respuesta.

En los últimos años han proliferado también libros que, aunque resultan en apariencia similares a los anteriores, son, a mi entender, todo lo contrario: una suerte de reverso tenebroso y perverso de la literatura de divulgación. Se trata de los célebres *Los mil libros que todo el mundo debería haber leído...* Desde mi punto de vista, por supuesto del todo personal y sin pretensiones de infalibilidad, estas obras ponen en evidencia algo muy triste sobre la sociedad actual. A diferencia de los otros, que pueden y deben servir de introducción culta a lecturas posteriores, e incluso, cuando están bien escritos, animan a llevarlas a cabo, estos libros alimentan una peligrosa tendencia en imparable crecimiento en los últimos tiempos: el adocenamiento y la superficialidad de la actual cultura de masas.

En un mundo como el actual, en el que tantas personas, víctimas del estrés y los horarios laborales irracionales, no son capaces de encontrar tiempo para la lectura, libros como esos pueden servir para aparentar que se posee el mínimo de conocimiento que llevaría mucho tiempo adquirir por medios convencionales, esto es, leyendo las obras, ya originales, ya de alta divulgación, que permiten adquirirlo de verdad. Su resultado se aprecia enseguida en las charlas de café y las tertulias de salón, pero no donde debe apreciarse de verdad: en la formación de una opinión propia sobre la realidad, en la actitud, en fin, de las personas hacia el mundo que les rodea.

Y eso es, precisamente, lo que este pequeño libro persigue: ayudar a quienes lo lean a comprender mejor el mundo en el que viven, a formarse opiniones propias sobre él. Porque interrogarse sobre el pasado es interrogarse sobre el presente,

y comprender la historia es comprendernos mejor a nosotros mismos, no como individuos, pero sí como sociedad. Y es que, como ya escribiera José Ortega y Gasset, los seres humanos no tenemos naturaleza, tenemos historia.

Almorox, Toledo, 15 de julio de 2016

I

EL ALBA DE LA CIVILIZACIÓN

1

¿POR QUÉ NO SOMOS NEANDERTALES?

Quizá, de algún modo, sí lo somos, aunque no tengamos conciencia de ello. De hecho, muchas preguntas fundamentales sobre la evolución humana se encuentran todavía muy lejos de contar con una respuesta definitiva. Una de ellas es esta: ¿cómo terminó la larga, y bastante intensa, relación entre nuestros hermanos neandertales y nosotros, esa especie que, con tan poco pudor, hemos llamado *Homo sapiens*? O, en otras palabras, ¿por qué no fueron ellos los que sobrevivieron?

Empecemos por recordar aquello en lo que la gran mayoría de los científicos está de acuerdo: las dos últimas especies humanas sobre la faz de la tierra, los neandertales y los sapiens, descienden de un único antepasado común. Se trata del denominado *Homo heidelbergensis*, un individuo que nos resulta muy bien conocido gracias, sobre todo, a los más de treinta ejemplares casi completos descubiertos en el más célebre yacimiento paleoantropológico de Europa: la Sima de los Huesos de Atapuerca, cerca de la ciudad española de Burgos, aunque su nombre, como no resulta difícil suponer, derive de



Reconstrucción de un hombre de neandertal elaborada por Viktor Deak en 2012. Para ello el célebre paleoartista norteamericano tomó como base los restos de un individuo encontrado en Francia en 1909 en la cueva de La Ferrassie y llenó los huecos con copias de huesos de otros individuos hallados en muchos otros lugares para lograr un esqueleto completo. Luego aplicó las técnicas forenses de reconstrucción facial más avanzadas y obtuvo el resultado que se muestra en la imagen.

la localidad alemana de Heidelberg donde fueron hallados, en fecha tan temprana como 1907, sus primeros fósiles conocidos. En cualquier caso, estos antiguos humanos eran seres magníficos, con un cerebro medio de 1.250 centímetros cúbicos, casi equiparable al del humano moderno, y un cuerpo que, en los individuos de sexo masculino, podía alcanzar 180 centímetros de estatura y un peso cercano a los cien kilogramos.

Pero no fue en Europa, sino en África, donde dieron sus primeros pasos, creemos que en torno a seiscientos mil años antes del presente. Allí, mimados por su suave clima y sus abundantes recursos naturales, permanecieron nada menos que cien mil años, diseminándose poco a poco por todo el continente, hasta que hace unos quinientos mil años desbordaron por fin sus límites y comenzaron a moverse poco a poco por Europa y Asia.

En Europa se encontraron con un mundo muy distinto al que conocían. El que ahora es nuestro hogar era entonces, en plena Edad del Hielo, un lugar inhóspito y exigente, de

inviernos largos, días cortos y escasas y tímidas plantas que se dejaban recolectar sólo durante unos pocos meses al año. Aquel páramo helado sólo ofrecía una fuente más o menos segura de alimentos: la carne. Por ello, el *Homo heidelbergensis* no tuvo otra alternativa que la de convertirse en un experto cazador. Diseñó mortíferas jabalinas, desarrolló complejas tácticas de acoso a las presas y selló con más fuerza, en torno al fuego de sus cuevas, una cohesión social que le permitió sobrevivir en un entorno tan adverso.

Su vida había comenzado a cambiar; pronto lo harían también su cuerpo y su mente. En África, donde se habían quedado los más afortunados, el pasar de las generaciones y el caprichoso azar de las mutaciones genéticas los convirtió en una nueva especie, más inteligente, esbelta y grácil: el *Homo sapiens*; en Europa, el frío pertinaz de las glaciaciones hizo de ellos esos individuos achaparrados y corpulentos, de potentes músculos y robustos huesos, que conocemos como neandertales.

Pasaron centenares de milenios sin que las dos especies hermanas llegaran siquiera a conocerse. Los neandertales se erigieron en señores incontestables de una Europa glacial a la que se hallaban perfectamente adaptados. Su nariz, ancha y prominente, les permitía atemperar el aire frío antes de introducirlo en sus pulmones, previniendo así las afecciones respiratorias. Sus dientes, en especial sus fuertes y grandes incisivos, arrancaban sin esfuerzo los pedazos de carne que les aseguraban la energía necesaria para mantener calientes sus grandes cuerpos en un ambiente casi siempre gélido. Su fuerza física, su gran cerebro y su notable capacidad para la elaboración de eficaces instrumentos líticos hacían de ellos expertos y letales cazadores. Sus fuertes lazos sociales, su sensibilidad hacia los enfermos y los impedidos, y las trascendentes preguntas que sin duda brotaban en la intimidad de su espíritu acerca del sentido de la vida y la cruel inevitabilidad de la muerte los convertían en seres que merecían el apelativo de humanos al menos tanto, o quizá tan poco, como lo merecemos nosotros mismos. Aunque su extrema dureza les impusiera en ocasiones temporadas de escasez que han dejado terribles huellas en sus restos fósiles, ninguna amenaza parecía capaz de perturbar su perfecto dominio del medio en el que habitaban.

Sin embargo, no fue así. El rival que terminaría por desplazar a los neandertales del escenario de la historia crecía

en silencio en las cálidas tierras del sur. En África, el *Homo sapiens*, que se había mantenido hasta entonces confinado en su hogar originario, comenzó a moverse. Cincuenta mil años antes del presente, nuestros remotos antepasados dieron principio a la conquista del mundo. Poco a poco, en una marcha lenta pero continua, nutridas oleadas de inmigrantes africanos penetraron en Europa por tierra, a través del Cáucaso. Los antiguos dueños del continente, en el que habían vivido solos por completo durante más de cuatrocientos mil años, se toparon de repente con seres a un tiempo semejantes y distintos, y enseguida dedujeron que en los profundos ojos de aquellos individuos altos, delgados y de extrañas cabezas brillaba una inteligencia al menos tan poderosa como la suya.

Durante doce mil años, ambas especies convivieron. A lo largo de un período tan dilatado, los contactos entre ellas tuvieron por fuerza que ser frecuentes y estrechos, y fecundos los intercambios culturales. Como sucede siempre con los humanos, la discordia y la amistad, la alianza y la afrenta, sin duda se sucedieron con irregular cadencia. Quizá, en ocasiones, hubo incluso momentos de amor, encarnados en fósiles de individuos en los que conviven rasgos propios de ambas especies, aunque en modo alguno terminaran estas por fundirse en una sola.

Lo que sucedió fue todo lo contrario. Poco a poco, los grupos de *sapiens* fueron ocupando el territorio europeo mientras los clanes neandertales iban retirándose con igual parsimonia, hasta que terminaron por concentrarse en unos pocos enclaves aislados. Finalmente, hace sólo unos veinticuatro mil años, las hogueras acallaron para siempre su crepitar en la remota cueva de Gorham, el último reducto habitado por neandertales, cerca del peñón de Gibraltar, al borde del mar y del olvido. El *Homo sapiens* se había quedado solo.

¿Qué sucedió? ¿Acaso nuestros ancestros eran tan belicosos como nosotros y no cejaron hasta dar muerte al último de sus hermanos neandertales? No parece que fuera así, al menos no se han hallado evidencias arqueológicas que permitan afirmarlo. Más bien debió de tratarse de una mera cuestión de respuesta a los retos del entorno natural. Aunque los neandertales, verdaderos «hijos del hielo», habían logrado una perfecta adaptación al inhóspito entorno de la Europa glacial, nuestros ancestros africanos pronto la superaron. El crecimiento, paulatino pero

continuo, de la población y la consiguiente escasez de recursos hicieron el resto: sólo los mejores sobrevivieron, y los mejores eran los *sapiens*.

Pero ¿por qué? ¿Cómo pudieron aquellos individuos de piel oscura, cuerpo frágil y estrecha nariz, recién llegados de tierras cálidas, competir con mayor éxito que los venerables «hijos del hielo» en el invierno casi perpetuo de la Europa glacial? El debate sigue abierto. Una de las razones podría encontrarse en su mayor capacidad para la cooperación, tanto entre individuos como entre grupos, así como en la mayor perfección de su tecnología lítica, que les permitía fabricar herramientas más eficientes. La palabra pudo quizá desempeñar un papel fundamental en todo ello. Gracias a una laringe más idónea para la producción de sonidos articulados, el *Homo sapiens* era capaz de desarrollar un lenguaje más rico y complejo que facilitó en gran medida que sus clanes fueran, en circunstancias similares, mucho más eficientes que los neandertales a la hora de obtener recursos. Pero no debemos tampoco despreciar el efecto de los factores de índole evolutiva. Cuando sus poblaciones llegaron a ser lo bastante pequeñas, la dificultad de los neandertales para limpiar mediante cruces las taras genéticas pudo convertirse en un problema tan grave que terminó por abocar a la especie a la extinción. Por suerte o por desgracia, no, no somos neandertales. Como sabemos hace tan solo unos años, algo queda en nosotros, en nuestros genes, de aquella especie poderosa y longeva que holló con sus pisadas los campos de la Europa glacial. Pero aunque así no fuera, para bien o para mal, ambos somos humanos.

2

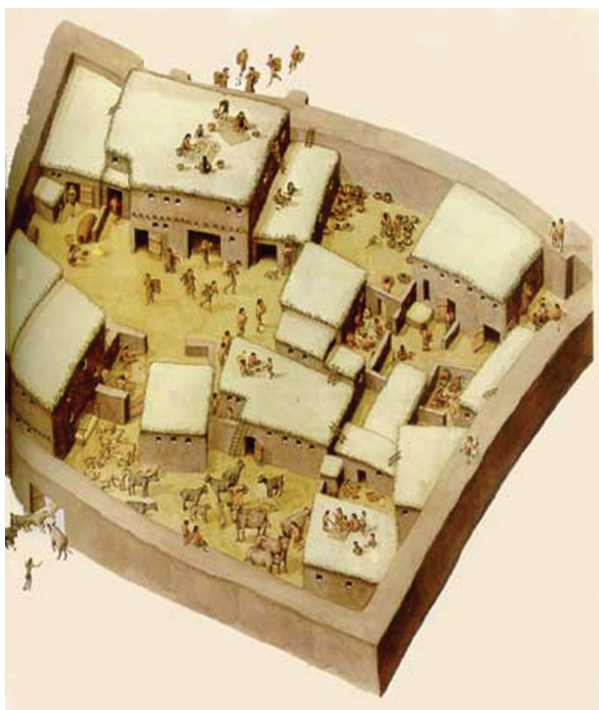
¿POR QUÉ EL SER HUMANO SE HIZO AGRICULTOR?

Parece una pregunta fácil, pero es muy probable que la mayoría de nosotros le diéramos una respuesta equivocada. Por desgracia, nuestros prejuicios culturales entorpecen a menudo nuestro entendimiento sin que lleguemos siquiera a darnos cuenta de ello.

Algo parecido les sucedía a las gentes de los siglos XVIII y XIX, cuando la historia científica empezaba ya a dar sus primeros y torpes pasos. En aquellos años ingenuos en los que la Revolución Industrial y el triunfo del liberalismo parecían garantizarle a la humanidad un futuro de progreso indefinido, los intelectuales burgueses se permitían aún el lujo de ser optimistas. Para ellos, la historia era, más allá de cualquier duda, un proceso ascendente y positivo. Su ritmo podía verse de vez en cuando ralentizado por alguna crisis económica, o incluso frenado por la aparente victoria de las fuerzas de la reacción, pero se trataría siempre de una parada momentánea, casi un mero descanso del que la humanidad saldría con fuerzas renovadas, dispuesta a continuar con su desarrollo imparable. Incluso la Edad Media, que se extendió durante un milenio, podía ser considerada, desde este punto de vista, un simple parón, aunque, eso sí, un poco más largo de lo habitual, en la marcha del ser humano hacia un futuro mejor.

Pensando de ese modo, no debe sorprendernos que aquellos historiadores tendieran a interpretar de forma casi mecánica todo cambio duradero experimentado en el pasado por la sociedad humana como un testimonio de su progreso global. Y, en última instancia, la aparición de la agricultura hace diez mil años en algunas regiones del Próximo Oriente —de otras tierras más alejadas de Europa ni se acordaban— no sería sino el primero, y quizá el más importante, de esos cambios.

En palabras sencillas, para los primeros historiadores burgueses, la humanidad dejó sin más un buen día de errar de un lugar a otro en pos de las manadas de animales salvajes que le daban sustento y se cansó de recolectar pacientemente las raíces, frutos y bayas que venían completando su dieta desde hacía millones de años. Lo hizo porque, al fin, después de muchos intentos, había descubierto la forma de cultivar la tierra y criar ganado. Como estas actividades garantizaban a los seres humanos una alimentación más segura y abundante, las abrazaron con entusiasmo y dejaron para siempre de ser cazadores y recolectores; se establecieron en un lugar fijo, construyeron aldeas y, en suma, empezaron a caminar por una senda, la del progreso, que no abandonarían jamás. El salvajismo, como se decía en aquella época, había dejado paso a la barbarie. Era mera cuestión de tiempo que tras ella llegara la civilización.



Reconstrucción del poblado neolítico de Hacilar, en la actual Turquía.

Fundado hacia el octavo milenio antes de nuestra era y formado por viviendas de madera y adobe con argamasa de cal, es uno de los poblamientos humanos estables más antiguos del mundo.

Pues bien, se preguntarán ustedes, ¿es que acaso no eran correctas las teorías de aquellos primeros historiadores? ¿No fue un progreso incontestable para la especie humana la invención de la agricultura y la ganadería? ¿No se hizo el hombre agricultor y ganadero tan pronto como dominó las técnicas necesarias porque su vida mejoraba objetivamente con ello?

Pues no, no sucedió así. En primer lugar, la vida del agricultor no tiene por qué ser mejor que la del cazador y, en la mayoría de los casos, no lo es. Como bien sabemos hoy gracias al estudio de las sociedades actuales que viven aún de ese modo, los pueblos cazadores y recolectores que cuentan en su entorno con recursos suficientes destinan muy poco tiempo al

trabajo. Sus jornadas transcurren en un ocio casi permanente que entretienen comiendo, bebiendo, danzando, manteniendo escarceos sexuales o, por qué no, acicalándose. Cuando, pasado el tiempo, la comida se termina, unos pocos de ellos, por turnos, salen del poblado y recolectan o cazan lo suficiente para unos días más. Y vuelta a empezar. Como la comida les sobra y no conocen la manera de almacenarla mucho tiempo ni de prohibir el acceso a ella —al campo no se le ponen puertas, como dice el refrán—, no se necesitan jefes ni impuestos, ni tampoco soldados, policía o jueces. Cuando hay conflictos se resuelven de modos diversos, casi siempre pacíficos. En algunas culturas se trata al infractor o al vago como si, literalmente, no existiera, considerándolo invisible durante un tiempo, o incluso para siempre. Otros pueblos, más originales o sensibles, organizan duelos de canciones para determinar quién tiene razón en una disputa. Casi nunca se llega a las manos. Dado que no existen apenas bienes materiales distintos de los de uso personal, no hay tampoco motivos para los enfrentamientos serios. En estas culturas, la violencia es una excepción, y la guerra, las más de las veces, un juego ritual en el que la sangre, por decirlo de forma sencilla, no suele llegar al río.

La vida transcurre de forma del todo distinta en las sociedades de agricultores y ganaderos. Frente al ocio casi continuo de los cazadores y recolectores, los pastores y campesinos casi siempre tienen mucho que hacer y bastante de lo que preocuparse. Para empezar, deben preparar la tierra para la siembra, oxigenándola y arrancando de ella las malas hierbas. Después han de esparcir las semillas, asegurándose de que los pájaros o los herbívoros no se dan con ellas un festín. Toca luego mirar al cielo, suplicando lluvia y buen tiempo a las caprichosas deidades que lo gobiernan. Y, si todo ha ido bien y una helada que se retrasa o una tormenta que se anticipa no han terminado con las espigas, llega por fin el trabajoso momento de cosechar el grano, almacenarlo en los silos o graneros y separar de él lo necesario para garantizar la siembra del año próximo. La ganadería no es mucho menos exigente. Se necesita alimentar a las reses, incluso cuando las inclemencias del tiempo hacen imposible llevarlas hasta los pastos. Hay también que ordeñar a las hembras, seleccionar los ejemplares más aptos para la reproducción, esquilar la lana de ovejas y cabras, proteger los rebaños de los depredadores y, en fin, llevar a cabo

una infinidad de tareas de mantenimiento y limpieza de las múltiples instalaciones que el ganado necesita.

Una y otra actividad presentan, además, dos problemas añadidos. El primero es la necesidad de realizar una enorme inversión de tiempo y recursos en la erección de viviendas estables, almacenes y graneros, cercados y majadas, caminos y muchas otras infraestructuras que la agricultura y la ganadería requieren para el desarrollo de sus actividades. El segundo es la urgencia de defender todo ello de las posibles agresiones exteriores. Como es fácil deducir, siempre habrá alguien —parece formar parte de la naturaleza humana— que prefiera beneficiarse sin esfuerzo del trabajo ajeno que arrimar el hombro para ganarse su propio pan con el sudor de su frente. Así, la agricultura y la ganadería traen de la mano la guerra, y la guerra exige guerreros, jefes que los manden y comida que los mantenga. ¿Es en verdad la vida del agricultor mucho mejor que la del cazador?

Y bien, dirán ahora ustedes, si las cosas no sucedieron de ese modo, ¿cómo sucedieron entonces? ¿Por qué razón se convirtió en agricultor el ser humano si no lograba con ello ventajas apreciables sobre la vida que venía llevando hasta entonces?

La respuesta es sencilla: porque no tuvo otra salida. De hecho, es probable que, al menos en algunos lugares donde existían las especies vegetales y animales adecuadas, como los cereales, la cabra y la oveja, los pueblos que allí habitaban conocieran desde mucho antes la manera de cultivar la tierra y criar ganado. Si no lo hicieron, fue porque no tenían ninguna necesidad de ello. La caza y la recolección les ofrecían una forma de vida mucho más cómoda y relajada.

De hecho, tan cómoda y relajada era que, a pesar de las enfermedades y la escasa esperanza de vida, la población humana creció hasta alcanzar, unos diez mil años antes del presente, un volumen importante. Además, los recursos, que habían sido muy abundantes, empezaron a escasear como resultado, ya entonces, del inesperado cambio climático. La sequía hizo que los animales grandes —la «megafauna», en un lenguaje más técnico— como el reno o el rinoceronte lanudo, emigraran hacia el norte o se extinguieran. Muchas especies vegetales desaparecieron también. Si querían seguir viviendo como hasta ese momento, los seres humanos tendrían que trabajar un poco más.

Eso hicieron. Los testimonios arqueológicos nos dicen que durante un par de milenios subsistieron cazando con mayor esfuerzo presas más pequeñas, recolectando frutos y raíces que antes habían despreciado, recogiendo en las costas el trabajoso marisco y, sobre todo, ofreciendo a otros grupos lo que les sobraba para obtener de ellos los recursos que no estaban a su alcance.

Por supuesto, no fue más que una solución temporal. El equilibrio entre la población y los recursos se había alterado. La humanidad se encontró ante un difícil callejón sin salida: o controlaba el crecimiento de la primera o aumentaba el volumen de los segundos. Como no conocía todavía métodos de control de la natalidad que no exigieran un desagradable sacrificio —el aborto, el infanticidio, la prolongación de la lactancia o la temida abstinencia sexual eran los únicos que se encontraban de hecho a su alcance—, no tenía otra salida que incrementar los recursos a su disposición. La caza y la pesca, incluso intensificadas como hemos dicho, ya no eran suficientes, así que los grupos humanos se vieron forzados a poner en práctica técnicas que con seguridad conocían desde mucho tiempo atrás, pero que hasta ese momento nunca habían necesitado. Contra su voluntad, y no por gusto, como creían los optimistas historiadores burgueses, la humanidad empezó a cultivar la tierra y a cuidar ganado. El inmovilismo había acabado. La historia daba sus primeros pasos.

3

¿CÓMO SURGIERON LOS PRIMEROS JEFES?

Aunque la sabiduría popular suele decir que siempre ha habido clases, esta afirmación dista mucho de ser cierta. De hecho, en las primeras sociedades humanas, los pueblos de cazadores-recolectores del Paleolítico, no sólo no las había sino que no podía haberlas.

Para que existan jefes, es decir, para que una persona o un grupo reducido de ellas puedan imponer su voluntad a los demás y obligarles a hacer cosas que no quieren, se requieren

algunas condiciones que en estas sociedades primitivas no se daban. Para empezar, es necesario que el discolo, el rebelde, el que se niega a acatar las órdenes, pueda ser castigado de algún modo lo bastante convincente para que la mayoría de las personas prefieran obedecer antes que exponerse a provocar las iras del cabecilla. Pues bien, en las sociedades del Paleolítico esto no sucedía. Cualquier individuo que se negara a prestar su obediencia no podría ser privado del acceso a los recursos, ya que estos —los animales salvajes, la pesca, los frutos, las bayas o las raíces— no podían someterse al control absoluto de un grupo de individuos ni mucho menos almacenarse en un granero con un soldado en la puerta.

En consecuencia, en las sociedades de este tipo no existen jefes, sino tan sólo individuos que gozan de algún tipo de ascendiente sobre el resto, las más de las veces como resultado de su valía personal y, en consecuencia, de su utilidad para el grupo. Así, los cazadores más hábiles, los hechiceros, o hechiceras, tenidos por poderosos o los más sabios entre los ancianos serían objeto del respeto general y obedecidos de buen grado. Podríamos decir que no poseen poder, ya que carecen de capacidad para obligar, pero sí autoridad, ya que son capaces de persuadir. De algún modo, representan esa forma natural de preeminencia que surge en el seno de lo que la sociología denomina *grupo de iguales*, y que se atribuye de manera espontánea —como bien saben los niños y los adolescentes— al individuo que demuestra poseer en mayor grado un rasgo que el grupo tiene en especial aprecio.

Mucho después, en las sociedades aldeanas de pastores y agricultores, las cosas empezaron a cambiar. Al principio, la igualdad entre las personas se mantuvo. Los campos de cultivo pertenecían a todos, y todos los trabajaban y tomaban cuanto necesitaban del almacén común. El trabajo estaba poco especializado. Cada familia labraba la tierra, tejía sus propias ropas y elaboraba las vasijas de arcilla que necesitaba en sus actividades cotidianas. En el mejor de los casos, los hombres siguieron mostrando cierta predilección por la caza mientras las mujeres prestaban más atención al cultivo de la tierra y el cuidado de los rebaños. Los sacerdotes también aparecieron pronto, pues la urgencia de aplacar en lo posible la caprichosa voluntad de los dioses de los que dependían las cosechas justificaba de sobra su existencia. Pero se trataba de una sociedad muy simple. No



Imagen de Jericó (en la actualidad Tell es-Sultán, Palestina). El antiguo poblado neolítico contaba ya hacia el año 8000 a. C. con una muralla de tres metros de anchura y cuatro o cinco metros de altura, y una gran torre de diez metros de altura y unos cinco metros de diámetro. Las evidencias arqueológicas apuntan, pues, a que la guerra no debía de ser infrecuente en aquella época remota.

existían todavía las leyes. La costumbre y la sola autoridad de los ancianos bastaban para resolver los conflictos. Tampoco eran necesarios la policía ni los jueces. La violencia, por fortuna, continuaba siendo casi desconocida.

Pero, mejor alimentada, la población siguió creciendo y ocupando nuevas tierras. Pasado mucho tiempo, las zonas más productivas se agotaron, y algunos grupos hubieron de establecerse en terrenos marginales, menos adecuados para el cultivo, que exigían más trabajo a cambio de un rendimiento mucho menor. Pronto, la tensión entre grupos empezó a crecer. Nadie estaba dispuesto a renunciar a la tierra en la que había invertido tanto tiempo y esfuerzo, así que cada aldea y cada poblado se organizaron para defenderse de otros menos afortunados o con menos ganas de trabajar. Al principio, todos tomaban las armas cuando era necesario y las dejaban cuando regresaba la paz. La misma piedra que servía de materia prima para confeccionar azadas y hoces sirvió ahora para fabricar hachas y azagayas.

Pero pronto se hizo evidente que aquellos soldados a tiempo parcial no eran muy eficaces. La guerra no era para ellos una profesión, sino un quehacer temporal que pronto abandonaban

para regresar a sus tareas cotidianas. Para solucionar el problema, los excedentes, la parte de grano que se almacenaba en previsión de las inevitables malas cosechas, empezaron a invertirse en el sostenimiento de especialistas en la defensa, personas que ya no trabajaban la tierra, sino que dedicaban todo su tiempo al ejercicio de sus habilidades marciales. Así nacieron los primeros soldados de verdad. El descubrimiento del metal, cobre primero, más tarde bronce, aceleró el proceso, ya que hizo posible el desarrollo de armas más eficaces, sólidas y duraderas que las hechas de piedra pulimentada. Pero las flamantes tropas no podían combatir en desorden. Necesitaban alguien que las organizara y las dirigiera en el campo de batalla. Así nacieron los jefes.

Los primeros jefes no eran más que eso, caudillos militares elegidos para dirigir la defensa de la aldea contra los agresores externos. Pero el daño estaba hecho. Había surgido la combinación letal que daría al traste para siempre con la igualdad original de las personas. El jefe y sus hombres, del mismo modo que dirigían su violencia contra el enemigo exterior, podían usarla contra quien lo desearan, y así imponer su voluntad al resto del poblado. Tenían los medios para ello. Disfrutaban del monopolio de las armas que, como un secreto misterioso sólo transmitido de padres a hijos, forjaban los hábiles artesanos del metal. Y poseían también la capacidad de prohibir el acceso a los recursos a quienes se negaran a obedecer. Los graneros dejaron de ser de libre acceso; las contribuciones se hicieron obligatorias; el reparto del excedente de las cosechas ya no fue equitativo. La igualdad había muerto. El amanecer del Estado se adivinaba en el horizonte del futuro.

4

¿POR QUÉ LOS JEFES SE CONVIRTIERON EN REYES?

Bueno, no faltará quien piense que, en última instancia, un rey no es otra cosa que un jefe con pretensiones. De hecho, la historia está llena de ejemplos de aristócratas o generales que un buen día deciden, desde luego sin mucho esfuerzo, ceder a